

TODAS LAS SANGRES

Abrió la llave del agua y vio salpicar contra el lavabo el chorro de sangre y se puso a gritar como un loco. La sangre siguió brotando, intensificándose la calidad del rojo, manchándole la camisa. Cuando al fin atinó a cerrar la llave, las gotas continuaron cayendo a intervalos decrecientes durante varios segundos, hasta que, demacrado el rostro, dejaron de pronto de caer. Entonces Mauricio despertó, jadeante todavía, sin comprender el sentido de aquel sueño, confundido. Se levantó de la cama y una vez en el baño encendió la luz y reconoció el mismo rostro demacrado del sueño. El espejo no mentía, y él tuvo miedo de abrir la llave. Sudaba, aunque una brisa húmeda se colaba por la ventana del cuarto e impregnaba el ambiente. Quiso refrescarse la cara, aislar aquella pesadilla que aún le palpitaba en el corazón. Cerró los ojos y con las manos abiertas fue echándose agua en el rostro, disfrutando de su helado contacto. Así estuvo varios segundos, tranquilo ya, despejada la mente. El sonido del agua cayendo se interrumpía cada vez que metía las manos en el chorro para después llevárselas a la cara. Y de pronto sintió el espesor, la pastosa textura, cubriéndole los párpados, las aletas de la nariz, los labios. Se vio primero las palmas, embarradas de sangre. En seguida fueron sus ojos los que se vieron chorreando rojo en el espejo. Y cuando el aire empezó a faltarle, poco antes de sumergirse para siempre en el definitivo sueño de los sueños, supo que la sangre de sus múltiples asesinatos impunes al fin lo había alcanzado, y que la venganza, aunque anónima y fantástica, había hecho causa común desde la ya no tan remota inocencia de sus víctimas.

Enrique Jaramillo Levi
Austin, 15 de noviembre de 1987

PIDO PERDON

Hundo los dedos en la niebla
que se ha tomado sin prisa
la incauta plaza de mi ser.

Me dejo llevar por el creciente halo
de una irreverente geometría de temores
en los pálpitos que me viven a mansalva.

Soy un prolongado temblor
en busca de equilibrio
al contemplar en un instante
las bifurcaciones y encuentros

de mi vida:

Al pedir perdón
para merecer la paz.

Enrique Jaramillo Levi
Colorado, 24 de abril de 1988